

Le Corbusier en la cripta del convento de La Tourette: una representación ilusionista.

Antón Capitel

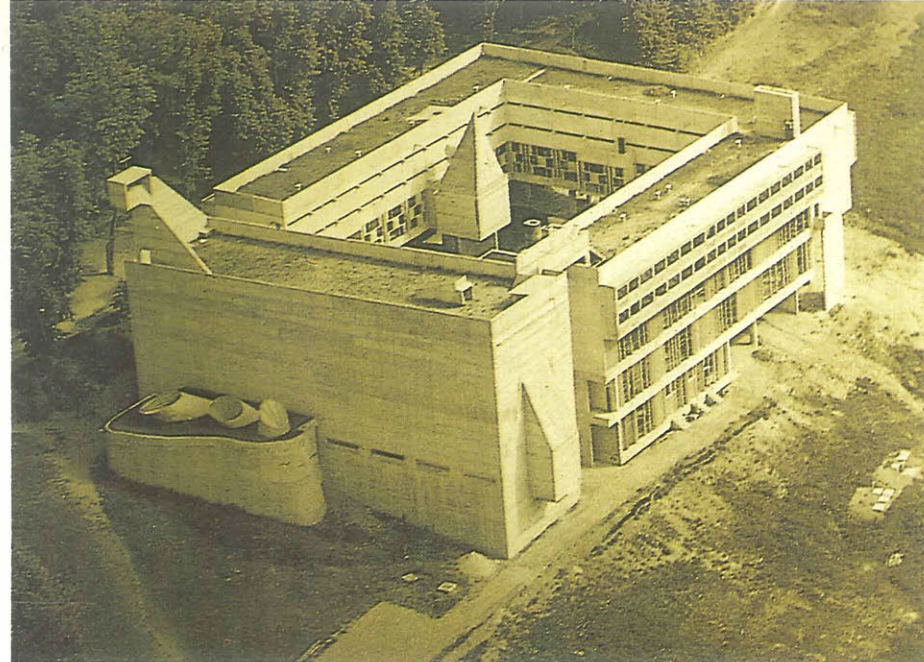
¿Hay muchas figuraciones, muchas "ilusiones", en la arquitectura de Le Corbusier? Se diría, por el contrario, que la suya era una arquitectura abstracta, poco propicia para ello, y, sin embargo, en la Unidad de Habitación de Marsella, la azotea parece representar, en efecto, la cubierta del trasatlántico en el que todo el edificio se inspira, al menos según su propia confesión. Pero no sólo por su proporción, planitud y aspecto, por los objetos "náuticos" que hay en ella; también por causa de la gran altura del peto de hormigón que, además de defender del peligro y del miedo, no permite ver la tierra por el lado del mar, tan sólo a éste. Así se produce una ilusión naval con bastante eficacia.

Con el mismo recurso de la altura del peto que impide o dificulta ver lo próximo se produce en la cubierta del convento de La Tourette un resultado también ilusorio, aunque bien distinto: el paseo superior que sustituye al claustro abierto que el convento no tiene parece estar directamente fundado sobre la tierra, como si se tratara de un largo

patio encastrado entre muros. La cubierta de hierba que tenía por suelo, hoy suprimida por causa de las humedades, era bien clara al respecto.

Es el convento de La Tourette un edificio muy curioso, debería decirse incluso que bastante extraño, insólito. Configurado como si estuviera en torno a un "patio", éste no existe, en realidad, pues la falta de suelo le suprime un tanto su naturaleza arquitectónica, lo que provoca un cierto vértigo, dicho ello, al menos, en un sentido conceptual. Es una situación opuesta a la de la Villa Savoie, que tiene un patio sobre un suelo que no está sobre el terreno, sino en altura, sobre otro piso en gran parte vano y de configuración completamente distinta.

Pues la arquitectura corbuseriana fue a menudo muy tergiversadora de los conceptos y disposiciones convencionales -o tradicionales- que sin embargo utilizó, y, en gran medida, debe gran parte de su lucidez y de su atractivo a dicha inspiración y a sus peculiares transformaciones. Pero, ¿tuvo mucho, o algo, de "ilusionista"? ¿Son "ilusiones" con-



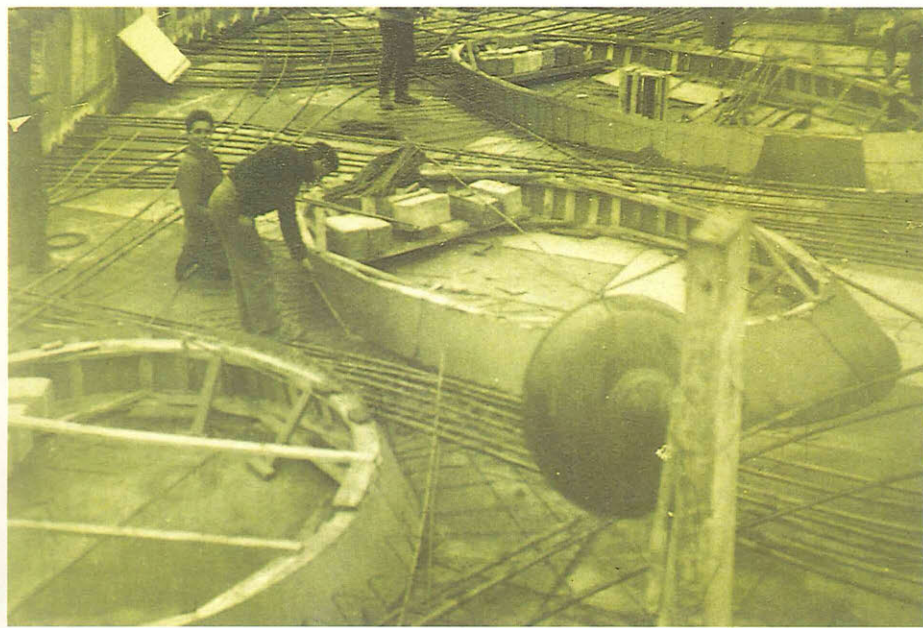
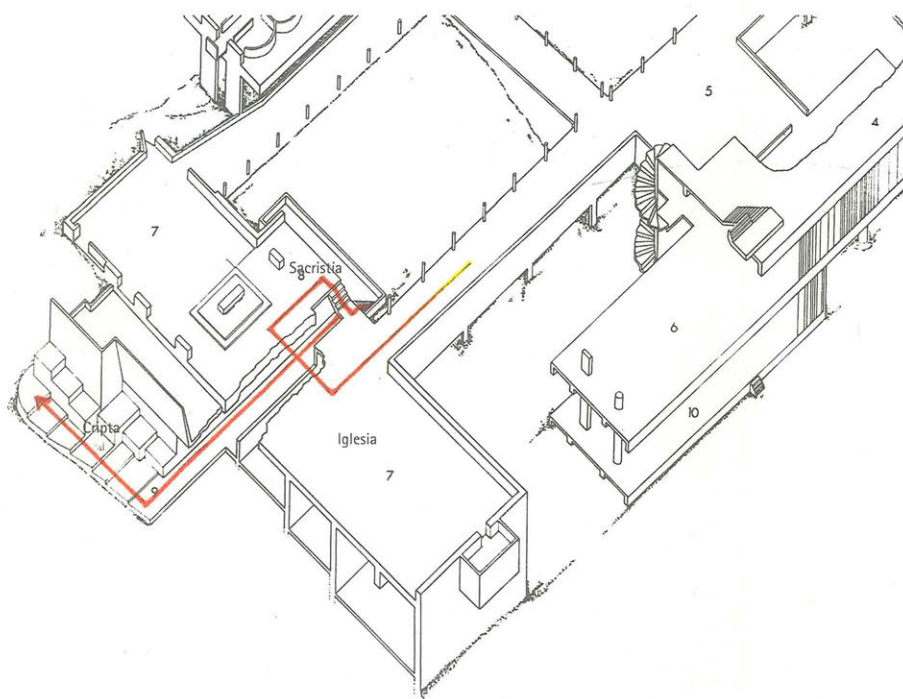
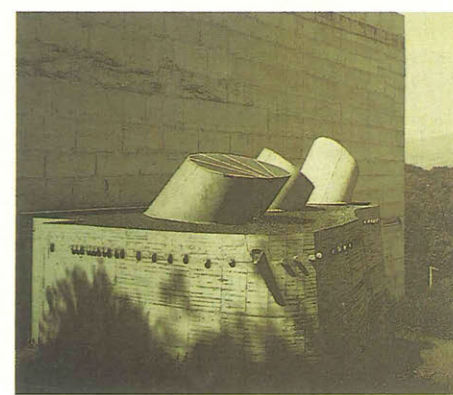
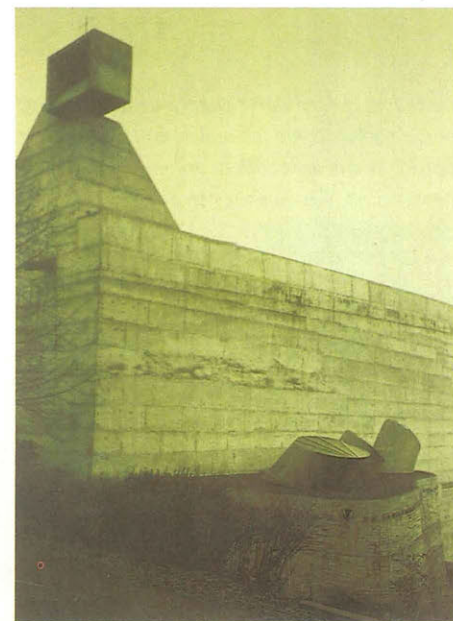
cretas la disposición del convento o de la villa parisina? Creo que no, en realidad, pues las cosas dichas parecen más bien extraordinarios y singulares conceptos y asociaciones, pero sin que en ellos se utilice la narración escénica, la figura-ción o la representación de cosas que se fingen y a las que se dota con algún tipo de significado. El convento se diseña con geometrías y formas muy abstractas en sus masas generales, aunque -como en la terraza de la Unidad de habitación- hay dentro de ellas formas singulares, concretas, sobre todo en el patio y en los espacios externos. Formas como si fueran desconocidos y petrificados animales, objetos de otro mundo, quizá soñados. Sin duda deberíamos relacionar a Le Corbusier con el surrealismo, aunque éste fuera, en un principio, enemigo de "L'esprit nouveau".

Pero en La Tourette sí que hay, además de la explicada en relación a la azotea, y por encima de todas las que pudieran encontrarse, una intensa y elaborada representación, de carácter teatral, y que se produce en la cripta de la iglesia. Si observamos la planta de esta cripta, entendemos su plástico y ondulado cierre como un gesto escultórico y abstracto, pero si la visitamos podremos ver cosas bien diferentes.

Para llegar a la cripta hay que entrar primero en la sacristía y acceder hacia ella mediante un pasadizo bajo la nave del templo. Lo tan forzado de este trayecto explica ya, precisamente, que nos estamos yendo a un lugar muy especial, a un espacio "otro": como si fuera al interior del espejo, pongamos por caso. Pues llegamos a un sitio, después de haber perdido la orientación, que adquiere un carácter tan figurativo, tan representativo o literario, tan teatral, como abstracta y desnuda hasta llegar a la crueldad es la nave que hemos abandonado.

Pues al entrar en la cripta empezamos a comprender que sus rasgos planimétricos, aparentemente abstractos, se han transformado por completo hasta convertirse en materia de un escenario, en elementos de una ilusión. El muro ondulado que a la izquierda nos flanquea se revela como la escarpada pared de un pétreo monte y el suelo que pisamos ha dejado de ser el propio de un interior para figurar un camino que bordea esta montaña: la inclinación y la pavimentación, de algo semejante al canto rodado -creo recordar- así nos lo indican con total evidencia.

Un camino ascendente, en un monte y tal vez hacia la cima: ¿representará, quizá, el trágico camino de ascensión al Gólgota? Es bien posible, aunque la ilusión no permita aclararlo del todo, pero se trata en cualquier caso de un camino de peregrinación, ya que, a la



derecha de este itinerario, en hilera y, por lo tanto, a distinta altura, podemos ver 7 altares, todos ellos de forma algo diferente, individuales, casi azarosos, como si se hubieran hecho con las piedras del lugar. Los hipotéticos peregrinos, al subir hacia el monte sagrado, podrían ver quizá como algunos sacerdotes, a los que acaso acompañan, aprovechan para detenerse en los altares, y cumplir en varios de ellos su cotidiana obligación de decir misa. Sin duda ciertos de estos peregrinos se detendrían con ellos y aprovecharían para cumplir su propia devoción.

Esta es la escena, que, naturalmente, responde a una necesidad. En todas las iglesias había, o hay, más de un altar; en las antiguas muchos de ellos están en los laterales o en las diversas capillas, y no sólo por causa de fundaciones y devociones particulares.

También porque eran necesarios para que los curas visitantes, o incluso los propios, cumplieran su obligación de celebrar misa independientemente de la existencia de fieles.

La satisfacción de este requisito del programa fue resuelta por Le Corbusier de esta singular y teatral manera. Falta decir que el camino de peregrinación está iluminado por la permanente presencia de tres "planetas" especiales,

uno amarillo, otro rojo y otro azul, que convierten la escena en algo casi mágico, fuera de lo cotidiano. Estos tres planetas están simulados mediante tres lucernarios, que son entendidos como tales desde la nave del templo, pues desde allí se ven en su condición corbuseriana normal, esto es, plástica y abstracta -como ocurre desde fuera, en que son plásticos volúmenes-, mientras desde la cripta se entienden como "astros".

La escena es algo surrealista; esto es del otro lado del espejo, como se había dicho. O, si se prefiere, procedente del mundo de los sueños. Toda la escena, los planetas,... pero, especialmente, los 7 altares, sobre todo si los recreamos a todos ellos funcionando al tiempo, siete misas a la vez y en distinto momento. Hay alguna buena foto ya publicada, con varios curas, pero se imagina uno algo más: tal vez una película de Bergman; o, quizá mejor aún, una intensa escena filmada por Buñuel, acaso el más capaz de representar a fondo este escenario, con peregrinos y todo, a mitad de camino entre la devoción y el humor, o, quizá, la irreverencia.

Antón Capitel

